

CAPÍTULO VI.

Historia de la Familia en África.

Penetremos en esta nueva parte del globo, y veremos con nuestros propios ojos si es cierto lo que los espíritus fuertes de Etopía afectan tan ridículamente negar, la degradación primitiva y la maldición paterna grabada con indelebles rasgos sobre la humillada frente de las naciones que habitan la tierra de Cham. Con nuestros ojos veremos una prueba más de la divinidad de nuestra santa *Escritura*. Un respeto profundo por la autoridad paterna se unirá en nuestro corazón al reconocimiento más vivo por nuestro Redentor; porque habremos visto lo que cuesta á los hijos, á las razas, á las naciones, por haber despreciado las dos cosas que hay más santas en el mundo, su Dios y su padre.

Si bajamos la costa occidental de África, en donde la codicia europea cumple desde tantos siglos con inflexible rigor la sentencia paterna que condena á Chanaan á ser el esclavo de los esclavos de sus propios hermanos¹, hallamos la familia en un estado de degradación que apenas deja subsistentes los últimos vestigios de la sociedad doméstica. En esa tierra de Guinea, que se extiende en un espacio de cerca de mil doscientas leguas, desde el Cabo Verde hasta el país de Angola, la gran llaga de la familia antigua, la poligamia, reina sin límites ni freno. Esclavas de su marido, las mujeres son después de la muerte de aquel, propiedad de su hijo primogénito. Si muere sin hijos varones, la herencia pasa al hermano de más edad. Allí, como entre los antiguos romanos, el despotismo marital priva de toda sucesión á la mujer, ya sea madre, ya esposa ó hija. Allí, lo propio que en los otros pueblos del mismo continente, sujeta á rudos trabajos, es tratada como bestia de carga. Para añadir en cierto modo el insulto á la opresión, el marido vegeta en muelle ociosidad, mientras que la desventurada mujer se ocupa en los trabajos más rudos, sobre todo en la preparación del arroz.

Si se la justifica alguna infidelidad, crimen que el hombre comete con frecuencia, se la lleva sin piedad á un bosque sagrado

¹ Maledictus Chanaan servus servorum erit fratribus suis. (*Gen. ix, 25*).

de donde no regresa. La falta de la primera mujer no se ha olvidado en África; sus hijas pagan la pena. Seres impuros, no pueden entrar en ciertos lugares. Para alejarlos de ellos, se las persuade desde la infancia, que un dios llamado *Belli* mataría sin piedad la que quebrantase una ley sagrada.

Una superstición cruel, ó más bien el despotismo marital, que allí como en algunos pueblos de la antigüedad se sobrevive á sí propio, agrava más aun el pesado yugo de la mujer: una muerte cruel termina su existencia envilecida. La mujer á quien su marido ha dispensado más afecto, paga caro este honor. Está obligada á hacerse enterrar viva en la tumba de su esposo. Oigamos á un viajero testigo de este horrible espectáculo: «El capitán de una aldea murió de una borrachera. Los gritos de sus mujeres se oyeron luego en todo el villorrio. La favorita se distinguía por la violencia de sus gemidos: no eran sin motivo. Como las hay á veces que colocadas en iguales circunstancias, se fugan, las mujeres de la población la observaban tan de cerca, que se vió precisada á someterse á la costumbre. El cuerpo del difunto estaba tendido en el suelo en medio de su cabaña. Sus mujeres formaron en círculo junto al cadáver con la favorita á la cabeza, como puesto de honor. Otras mujeres formaron un segundo círculo en torno de las primeras. Parecían rivalizar en gritos y en mesarse los cabellos. Dos negros colocaron al muerto sobre una tabla y se dispusieron á llevarlo al lugar de la sepultura. Entonces redoblaron las mujeres sus gritos y extravagancias crueles. «Mientras que continuaba ese ruido, se llegó cerca de la sepultura abierta por un marabú, bastante capaz para contener dos cuerpos. El sacerdote mató una cabra, de la que comió é hizo comer á la favorita. El resto del animal fue distribuido entre los asistentes. Se renovaron los lamentos. Juzgando entonces que sería tiempo ya de concluir la ceremonia, el marabú tomó á la favorita por los brazos y la entregó á dos robustos negros, que cogiéndola rudamente la ataron las manos á la espalda. En este estado, la tendieron, la pusieron un madero encima del vientre, y subiendo en él, la pisotearon hasta que la tuvieron medio muerta. Cogiéronla entonces con prontitud, y la echaron á la sepultura con los restos de la cabra. Colocaron encima de ella el cuerpo de su marido, y llenaron la sepultura de tierra y piedras. Ce-

«saron luego los gritos; reinó profundo silencio en la reunion, y «se retiraron todos con la mayor indiferencia ¹.»

Semejantes costumbres dicen lo bastante sobre el estado moral de la sociedad doméstica.

Los negros de la ribera del Gambia añaden la compra de la mujer, el concubinaje y el divorcio, á la poligamia. El marido puede dejar las mujeres que no le gustan, pero devolviéndolas el dote que ha recibido; porque la costumbre obliga á las viudas y divorciadas que se casan de nuevo á comprar un hombre, como han sido compradas ellas para su primer matrimonio ². Tanto envilecimiento no basta aun á su desgracia: la mas dura opresion pesa sobre ellas con todo su peso. En ciertas circunstancias, el padre casa á su hija luego de haber nacido: la desventurada jamás puede romper ese compromiso; es sagrado para ella, mientras que el hombre es libre de disponer de sí de otro modo ³.

Al despotismo marital se le añade, entre los jalofs, el paternal. La cruel codicia de ese pueblo es tanta, que venden sus padres, sus hijos y sus vecinos. Uniendo la perfidia á la crueldad, se dirigen para consumir ese crimen á aquellos que pueden hacerse comprender de los europeos. Los llevan á ellos bajo cualquier pretexto. Allí, haciendo pasar á esos desventurados por esclavos comprados, los venden, sin que la víctima pueda desconfiar hasta el momento en que sus dueños la cargan de cadenas. Un viajero francés refiere el siguiente hecho: «Un negro viejo, dice, quiso «vender á su hijo. Lo condujo al mercado. El hijo lo sospechó, y «llamando aparte á un mercader, vendió á su padre. Cuando este «se vió rodeado de mercaderes en disposicion de encadenarle, «echóse á gritar: ¡Soy el padre del que me ha vendido! — Es falso, contestó el hijo, y quedó cerrada la venta. ¿Se creará que «el hijo llevó en triunfo á su tribu el precio de la libertad de su «padre? Pero la justicia de Dios le siguió. Habiéndole encontrado «un jefe del país, le quitó el dinero, y le llevó á vender en el mismo mercado ⁴.»

Si los hijos son tan poco respetados por sus padres, ¿qué no

¹ Des Marchais, *Viaje á Guinea*, t. I, pág. 139.

² Jobson, *Solden Trade*, pág. 33, 36, 38.

³ Moore, *Viaje al África*, pág. 100.

⁴ Le Maire, *Viaje al Senegal y al Gambia*, pág. 101.

deben temer de los extraños? Nada mas comun entre los africanos que el robo de niños. Todos los dias se roban infinidad de niños, por poco que se extravien en los bosques, las plantaciones, ó los caminos ¹. Las mismas madres no sienten otro afecto por sus hijos, que el de los animales por los suyos. Solo cuidan de su vida física; y así es que nada iguala la ignorancia y la corrupcion de los negros.

Penetrando en el interior del África, vemos á las numerosas tribus que corren sobre una ardiente arena, presentar el mismo olvido de los deberes de la sociedad doméstica. Por do quiera domina el despotismo paternal y marital, el divorcio, la poligamia, la venta de las mujeres, escenas las mas repugnantes, el asesinato y la venta de los hijos ². Entre los madringues, los flups, los jalofs, los foulis, y otras tribus de la misma comarca, el rapto es la forma ordinaria del matrimonio. La mujer es propiedad del marido, que la despacha ó la vende á su capricho. Déspota hasta en los menores detalles de la vida, come siempre solo. El deber de la mujer es saludarle de rodillas cada mañana; en esta actitud recibe sus órdenes y las ejecuta sin réplica. No solo cuida de la casa, ella tambien cultiva el trigo, el maíz y el tabaco. Forman su ocupacion diaria todas las faenas penosas que son propias de los hombres en las naciones cristianas. Y no se limita á esto su esclavitud. Mientras que tendido negligentemente el marido en su cabaña pasa el tiempo fumando ó hablando con sus amigos, la mujer le quita las moscas, le sirve la pipa y el tabaco, y cuida el cresgado pelo del indolente déspota. Añadid ahora, que á los once ó quince dias de haber dado á luz algun niño, se lo carga en sus espaldas, y jamás lo deja, sin que ni los ejercicios mas violentos la autoricen para descargarse de él por un momento ³.

Á tantas penas se juntan las rivalidades, los celos, las sangrientas humillaciones, los tormentos de todo género, inseparables de la poligamia y llevados al exceso en esa region maldita. Vedla, pues, como despues de seis mil años la mujer africana se dobla aun bajo el peso del anatema lanzado contra la madre culpable de la raza humana. ¿Será preciso añadir que los mas dulces sentimientos de

¹ Barbot, *Descripcion de la Guinea*, pág. 37.

² Caillé, *Viaje á Tombouctou*, passim. Gourouff, pág. 23 y sig.

³ Moore, Jobson, Labat, Le Maire, y otros viajeros, passim.

la naturaleza son allí desconocidos? Entre los negros de la Costa de Oro llega á tanto el egoismo, que se miran morir entre sí sin compasion ni socorro alguno. Sus mujeres y sus hijos son en tales circunstancias los primeros que les abandonan. Semejante conducta de los padres, hijos y hermanos no se considera como falta. Si el enfermo recobra la salud, vuelven á vivir con él como si hubiesen cumplido todos los deberes de la naturaleza y de la amistad¹.

¿Cuál puede ser la educacion de los hijos, ese deber tan santo y penoso á la vez, en un pueblo embrutecido hasta este punto? Fácil es adivinarlo. Entregados á una continua ociosidad, descuidados por sus familias, los niños negros pierden todo sentimiento natural de pudor, tanto mas fácilmente cuanto que sus padres nunca les corrigen. La autoridad paternal es por otra parte muy poco respetada: apenas se ejerce sino en caso de que un niño pegue á los otros ó se deje pegar por ellos. En este caso se les tratá sin piedad². Este olvido de todos los deberes de la paternidad es una consecuencia del envilecimiento del lazo conyugal. Los desórdenes morales están públicamente autorizados, y el matrimonio es para el negro mas bien una simple formalidad destinada á arreglar ciertos intereses materiales muy insignificantes, que un medio de atender eficazmente á la conservacion de las costumbres por la educacion de la familia.

Para instruccion de los hijos del Evangelio, prosigamos nuestro viaje. En el reino de Congo, y sobre todo en la punta meridional de África, entre los cafres y los hotentotes, hallamos la humanidad, llevando todavía hoy el visible sello de una doble degradacion. Hijos de Adán como nosotros, estos pueblos participan de la desgracia comun á la raza humana; hijos de Chanaan, ellos son además una formidable prueba de la sentencia divina que condenó á su abuelo. Si su espantosa miseria nos muestra elocuentemente hoy el beneficio de la redencion, temamos que su misma voz no nos acuse algun dia. Que un sentimiento de reconocimiento, mezclado de temor, llene, pues, nuestra alma al leer la deplorable historia de la familia en esas tribus degeneradas.

La pereza, la embriaguez, la brutalidad son las cualidades dominantes del hotentote. Que se le dé aguardiente y tabaco, y be-

¹ Vaillant, *Viaje á Guinea*, pág. 260.

² Artus, *Descripcion de la Guinea*, pág. 13.

berá y fumará hasta emborracharse; gritará hasta perder la voz. Las mujeres no se entregan menos que los hombres á esos excesos de intemperancia¹.

Á esta degradacion general añade la mujer, el niño y el anciano otra particular. Sobre ellos pesa con todo su peso el supremo derecho de la fuerza. Allí, como en todos los países extraños á la influencia del Cristianismo, la poligamia y el divorcio autorizados por las leyes, entregan la mujer al despotismo, á la abyeccion y á la miseria. Esta triste suerte es tanto mas inevitable, cuanto que la libertad de contraer segundas nupcias, libertad completa y perfecta para el marido, está singularmente restringida para la mujer repudiada. Raras veces puede casarse de nuevo en vida de su esposo. Si lo consigue, está obligada á cortarse la primera parte del dedo meñique: cruel operacion que debe hacer tambien en los otros dedos cuantas veces contraiga nuevos lazos. Despues del matrimonio, ambos esposos debén trabajar en comun para construirse una choza. Una vez construida, el hombre tiene derecho de abandonarse á la pereza, y no deja de hacerlo; déspota, tiene una esclava sobre la cual en adelante descansa de todos sus cuidados. Además del de los hijos, la mujer está condenada á toda clase de trabajos. Su recompensa está en ser tenida á una distancia mas que respetuosa de su marido, y en ser repudiada cuando cree tener motivos para ello.

Y no se limita á esto el despotismo que la abrumba. Despreciada de su esposo, está tambien condenada á sufrir los insultos de sus propios hijos. Una ceremonia ridícula y cruel emancipa al hijo que llega á los diez y ocho años. Y el primer uso que hace de su libertad ¿se creerá? es correr á la choza paterna á maltratar y pegar á su madre; es para él cuestion de honor no guardarla consideracion alguna. En lugar de reconvenciones los hombres le prodigan aplausos, y la desgraciada madre, léjos de quejarse, aprueba ella misma esa insolencia. ¿Tratais de hacerles sentir lo absurdo de tan odiosa práctica? Os responden friamente: Esta es la costumbre. Mujeres, madres, esposas, vírgenes cristianas, ¿comprendeis en fin la causa que establecè tan gran diferencia entre vosotras y vuestras hermanas colocadas bajo el cetro del Paganismo

¹ Kolben, *Viaje al Cabo*, pág. 37 y sig.

antiguo y moderno? ¿Sabréis jamás cuánto debeis al Salvador Jesús, cuánto debeis á María?...

Los hotentotes tienen como otras naciones de Asia y África la bárbara costumbre de inmolar sus hijos. No bien nacen, se les frota el cuerpo con grasa de vaca. Seca esta uncion, se les hace otra con jugo de palmera; á esta sucede una tercera con grasa de carnero y de cerdo. Cuando el cuerpo del jóven hotentote está bien penetrado de esas sustancias, se le envuelve en *bukku*. Tal es, si nace solo, la lisonjera recepcion que le aguarda á su entrada á la vida. Si la madre da á luz dos gemelos, las cosas pasan de otro modo. Si son dos niñas, el uso es matar la mas fea; si son niño y niña, se expone á la hija en la rama de un árbol, ó se la entierra viva con el consentimiento de todo el krall ó aldea. Reconvenidles por esta nueva barbarie; os contestan tambien: Esta es la costumbre. Pertenece á la madre el derecho de dar nombre al hijo, y regularmente le da el de algun animal favorito: leon, caballo, tigre, carnero. ¡Qué bellos ejemplos debe hallar en sus patronos! ¿Era, pues, entre los hotentotes donde fueron los reformadores modernos de un pueblo cristiano á buscar la idea de su calendario republicano, ó eran los mismos hotentotes los que habian venido á imponer á los hijos de la Francia la obligacion de tomar los honorables nombres de las legumbres y de los animales? Razon humana, ¡de qué no eres capaz abandonada del Cristianismo!

No olvidemos el exámen de ninguno de los caracteres de la sociedad doméstica, y consignemos la degradacion que presenta inevitablemente en toda la tierra y en todos los siglos la familia colocada fuera del Cristianismo. Hablemos de los ancianos. Siempre respetables por sus años, con frecuencia por su experiencia, y algunas veces por sus eminentes virtudes, los ancianos fueron en efecto respetados siempre en los pueblos ilustrados por la fe y por la razon: ¿cuál es su suerte entre los hotentotes? Se les tiene por inútiles al bien de la sociedad. Y cuando los años les impiden salir de la choza para llevar á ella una planta, una raíz, se les condena á muerte. Que el infortunado sea un hombre ó una mujer, un padre ó una madre, sus parientes, sus amigos, sus propios hijos les inmolan sin piedad, ó les dejan perecer de hambre ó ser devorados por las fieras. Por rico que sea el hotentote que sobrevive á sus fuerzas ó á su industria, no puede evitar esa desgra-

ciada suerte. ¿Reconvenís á ese embrutecido pueblo por semejante barbarie? Se obstina en defenderla por esta invariable y estúpida razon: Esta es la costumbre. Por otra parte, añade, vale mas acabar con las miserias de la vida por mano de sus semejantes que languidecer en la enfermedad ó ser pasto de los leones ¹.

Estos detalles referidos por un viajero que ha vivido largo tiempo en el país, son, salvo algunas diferencias, los mismos que los de los pueblos que habitan las regiones vecinas y las soledades poco conocidas aun de la tierra de Cham.

El corazon del África se parece á las extremidades. La sociedad doméstica presenta el mismo estado de degradacion. En Tombouctou reina el libertinaje mas repugnante ². Los abisinios se muestran dignos émulos de los hotentotes: si una mujer da dos hijos á luz, matan uno, y la madre es un objeto de horror hasta para sus parientes ³. En el Senegal la venta de los hijos es muy comun, y los pueblos que Clapperton ha visitado, desde la bahía de Benin hasta Sacatú, los venden como si fuesen corderos ⁴. En el país de los gagas, mas allá del Congo, se ve de qué atrocidades es capaz la raza humana. Los padres degüellan ó exponen á los hijos que nacen durante la guerra, y es un honor para ellos cometer este bárbaro acto con la mayor sangre fria ⁵. En el Darfour, se sacrifica cada año un niño para obtener buenas cosechas. Entre los árabes del Delta, la sola fórmula del matrimonio da á conocer la constitucion de la familia. El padre dice á su futuro yerno: «Te doy una esclava para cuidar tu casa ⁶.» ¡Naciones infortunadas, quiera el cielo oigais pronto la palabra cristiana! El día de vuestra libertad parece vislumbrarse ya en el horizonte. En su inmensa solicitud, la Iglesia católica no ha descuidado vuestra incalculable miseria. Y hé aquí que los nobles hermanos de los que hoy resucitan maravillosamente los antropófagos de la Oceania, han desembarcado ya en vuestras playas. Su palabra es la misma. Queréd ser salvados, y lo seréis. Seréis hombres, seréis

¹ Kolben, t. I, pág. 308 y sig.

² Murray's, *Historic.* pág. 498.

³ *Transact. of the liter sac of Bombay*, t. II, pág. 43.

⁴ *Bruce's Travels*, t. II, pág. 512.

⁵ *Murray's Historic. and Travels in Africa*, t. I, pág. 93.

⁶ *Correspondencia de Oriente.*

cristianos; y en vuestros corazones, ardientes como vuestras arenas, germinarán virtudes que, con la felicidad de la eternidad, os daran también á conocer la felicidad del tiempo, las luces, la libertad, la civilización verdadera.

CAPÍTULO VII.

Historia de la Familia en Egipto.

Continuando nuestro viaje al rededor de África llegamos á Egipto. El estudio de ese país nos presenta hoy un doble interés. De una parte, él nos muestra el deplorable estado de la sociedad doméstica en los pueblos que han dejado de ser cristianos; de otra, la impotencia absoluta del hombre para hacerles cambiar de condición. Sabemos ya cuál era en esa tierra de los Faraones, antigua madre de las ciencias y de las artes, el estado de la familia antes del Cristianismo. Como Grecia é Italia, sacado de la barbarie moral por el Evangelio, el Egipto fue una de las partes más florecientes de la Iglesia. Sus desiertos para siempre célebres fueron habitados por largo tiempo por millares de Santos. En torno esos Ángeles revestidos de un cuerpo mortal, irradiaron grandes luces y virtudes. Con la educación religiosa creció rápidamente la civilización moral y material. Bajo los Césares cristianos el reino de los Ptolomeos fue acaso el más feliz, la más perfecta provincia del imperio romano. Llegó el día de la decadencia. La herejía produjo el odio á la fe, y preparó la ruina de cuanto da y sostiene la fe. Bajo la vengadora cimitarra de Omar, el Egipto, justamente castigado, recayó en la barbarie. En ella yacía aun hace menos de medio siglo. Hé aquí, para instrucción de pueblos ingratos, el fiel, pero triste cuadro, de esta barbarie tal como el Mahometanismo la ha hecho: — El fellah egipcio presentaba en silencio su espalda al palo del vencedor. Nacido en la baja, acostumbrado á la servidumbre, nada conocía de lo que hace la felicidad de los hombres de Europa. Pan grosero de maíz, legumbres flojas, carne de animales enfermos, pescado podrido, componían su alimento ordinario. Su habitación hacia horror; sus hijos yacían mezclados con los perros, los camellos y otros animales. Los cadáveres de

los animales se echaban en torno las habitaciones donde el árabe resignado pasaba tristemente sus horas de reposo. Ignoraba hasta las palabras de ciencias y artes. Observador sobrado fiel de las estúpidas leyes del Alcoran, no comprendía cómo otros hombres podían vivir en la monogamia, y guardar á sus compañeras esas consideraciones y deferencias que caracterizan la sociedad europea constituida sobre la moral evangélica. Enfermedades contagiosas sobrevenían periódicamente. En medio de estas calamidades la inmóvil fisonomía del fellah no cambiaba. «Así lo quiere Dios, decía con fría indiferencia; ¡hágase su voluntad!» Vegetaba sobre inmundicias; y, muerto, se le deponía junto á su primera morada, en una tierra imperfectamente cubierta. Cuando vivo, recibía los pútridos miasmas de los cadáveres de sus semejantes; por sus restos que abandonaba á un suelo húmedo, contribuía á su vez á hacer insalubres y funestos los lugares donde había pasado su miserable existencia.

Una aldea árabe presentaba el aspecto de una cloaca. Cerca de cementerios arruinados había huesos y carne corrompida de animales muertos, que se disputaban los perros hambrientos y errantes. Servil, astuto, aduador con sus superiores, el árabe era indolente, orgulloso, arrogante y caprichoso con sus inferiores. El pueblo carecía de instrucción. Y sobre esa población ignorante, pobre, embrutecida, y entregada á todas las fatales influencias del clima, del vicio, del desorden y del fatalismo, estaba la casta victoriosa pesando con todo su peso sobre los vencidos, no reinando sino por la violencia, no creyéndose creada sino para repartir palos, enemiga de todo progreso social, y perpetuando sobre ese suelo, tan rico en otro tiempo en ciencias, instituciones, y bienestar, una abrumadora inmovilidad.

Tal era la situación material y moral del habitante del antiguo Egipto, cuando Mehemet-Alí obtuvo el gobierno de esa provincia y emprendió regenerarla¹.

Aquí todo exige la más seria atención: vamos á presenciar el espectáculo más instructivo que se ha dado á nuestro siglo. Hé

¹ Análisis de la obra del Dr. Hamont, titulada: *L'Égypte sous Méhémet-Ali*: París, 1843. Por M. H. Denain.—Esta obra, que no parece escrita por una pluma católica, tiene cierta *crudeza* de detalles que deben hacerla leer con precaución.